



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

FIDIAS

El Partenón. La Criselefantina alza su cabeza centelleante, entre la pompa del Ocaso. Su rostro se destaca luminoso, bajo los caballos que se encabritan en la visera de su casco. Sus ojos son semilleros de estrellas -a lo lejos asemejan jirones de la Vía Láctea. Sobre la cimera, y bajo un penacho de Aurora, la esfinge alada habla al pensamiento. Sus pupilas son ópalos tallados; sus alas se entreabren en vislumbres de rubíes. La Diosa parece un gran astro caído entre una selva de columnatas floreciendo en chapiteles.

Fidias mira a la estatua, con sus ojos levemente entreabiertos. La barba le cae sobre el pecho, como el torso de una nube. Rosas bordadas en hilos argentinos, forman la orla de su manto. A su lado, Calímaco y Paneno. Éste rasga con el labio el velo del silencio.

PANENO

Hermano: la última amazona del escudo tiene ya cincelado su último emblema. Calímaco ha labrado los chapiteles en hojas vaporosas de una intacta blancura. El friso centellea en sus relieves. Las guirnaldas que

han de perfumar tu triunfo han sido ya tejidas por las vestales de Palas Atenea.

En el Pecile hay un gran rumor de voces que te aclaman, al estampar tu nombre en el granito. Del Ática del Peloponeso, de la Tesalia, se te envía, el homenaje del laurel. Tú estás en todos los labios, en todas las almas y en todos los corazones; y sin embargo, en tu rostro pinta su palidez la Tristeza: en tu boca existe el gesto de un supremo dolor; en tus ojos entreabiertos brilla el astro de una lágrima, y vive el Desaliento en toda tu figura. ¿Es acaso que te intimida la gloria?

CALÍMACO

¡Habla, maestro!

FIDIAS

El silencio es dulce ante los Dioses, cuando el labio puede producir la palabra del desaliento o la frase de la injuria. Quiero callarme como Hipodemo. Las flores del mal no deben entreabrirse sobre unos labios que se conservan puros. Deja que oculte el rostro con mi manto. Quiero ahogarme en mis suspiros.

CALÍMACO

¿Es acaso que no has llegado adonde tú querías, o que tu obra es pequeña en su grandeza? ¿Quizás el oro es escaso en el ropaje, o el marfil pálido en las carnes? ¿O la columnata por mí labrada es una injuria a tu creación? ¡Habla, maestro, y ella caerá como un bosque segado por el rayo!

FIDIAS

¡Las Gracias te prestaron sus manos de espuma para labrarlas; los Dioses te enviaron un cincel olímpico para que hicieras surgir las redondeces inmaculadas en la carne del mármol, y tu genio vive en las volutas que se encrespan en los chapiteles; en las cornisas de prodigiosa tersura; en las columnas de esbelteces sumas; en el conjunto que asemeja un gigantesco haz de lirios sosteniendo la fimbria de una nube! Mi dolor es mío, en mí mismo.

¡Él yace sin lápida dentro del túmulo del corazón!

PANENO

¿Acaso el zafir que he colocado en el fondo del relieve de las Panateneas, es menos azul que el seno del espacio? Será quizás, que la orla que lo circunda, y en donde dejé caer mi pincel, no tiene la belleza de lo inspirado, o que el dorado de los broncees es menos rubio que el Sol?

FIDIAS

Del vientre de mi madre surgiste bajo los gratos auspicios de un oráculo.
Llevas germen de grandeza entre las venas. Tu zafir es bello como los ojos
de Leda: tu orla es hermosa como el Iris levantando su arco sobre el
mundo.

PANENO

Hay en tus palabras la amargura de Arístides; ¿acaso tu espíritu columbra
ya las márgenes del Erebo?

FIDIAS

¡No! Ayer, cuando la Aurora era sólo un matiz en el Oriente, vine a elevar
mi espíritu bajo la sombra del templo. Los labios de la Noche, en su
agonía, sólo exhalaban mudez. La Diosa en su plinto estaba velada por el
crepúsculo rojizo que se elevaba desde los trípodes cercanos. Los
caballos del casco se desbocaban en la penumbra, la esfinge de la cimera
no hablaba en el callado lenguaje de su sabiduría, sólo los ojos miraban
con sus ardientes pupilas, y al oscilar de la llama, la pedrería de que
están formados se destacaba en una erupción de cambiantes. Parecían las
pupilas de Prometeo hirviendo de ira.

A medida que la luz avanzaba, descubría el torso oculto en la coraza de
escamas afiligranadas; las manos finísimas, empuñando el escudo con
avasalladora majestad; los labios, donde el gesto es todo a la vez, lo
terrible, lo grande, lo majestuoso, lo imponente.

Y cuando quise consagrarla en el sacrificio, ungiéndola con mi sangre, por
las venas de mi brazo no corría una sola gota. Y al mirar la Diosa, vi sus
pupilas entornadas y sus pechos caídos, como tumbados por la muerte. El
fuego de los trípodes habíase apagado, y a los pies de la figura de
Pandora yacía mi cincel hecho pedazos. ¡La Impotencia llegaba entonando su
cantata en la hora postrera de mi genio!

Fidias, el que esculpe, ha muerto. ¡Ya no hará surgir sobre el grano de
Paros las líneas vaborosas de las venus!

CALÍMACO

¡Maestro, divagas! ¿No oyes ya las trompetas que anuncian tu triunfo entre
un gran florecimiento de laureles...?

FIDIAS

Paneno: coróname de rosas. ¡Voy a asistir a mis propias exequias!

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

